

“La Hospitalidad, hoy, en la Clínica Psicoanalítica: Interpretación, Construcción y Deconstrucción” (*)

Marcio de Freitas Giovannetti (**)

Descriptores: ENCUADRE PSICOANALITICO / CLINICA / TRANSFERENCIA / MATERIAL CLINICO

“(…) Sin embargo, la hospitalidad pura o incondicional no consiste en ese tipo de invitación [Yo lo invito, le doy la bienvenida a mi hogar, pero siempre y cuando se adapte a las leyes y normas de mi territorio, de acuerdo con mi lenguaje, mi tradición, mi memoria, etc]. La hospitalidad pura e incondicional, la hospitalidad en sí, se abre o está abierta previamente para alguien que no es invitado ni esperado, para quienquiera que llegue como visitante absolutamente extranjero, como un recién venido, no identificable ni previsible, en suma, totalmente un otro. Yo llamaría a ese tipo de hospitalidad más de ‘visitación’ que de invitación. En verdad, la visita podría ser muy peligrosa y no debemos olvidarnos de eso. Sin embargo, ¿será si una hospitalidad sin correr riesgos, una hospitalidad apoyada en determinadas garantías, protegida por un sistema inmune contra el totalmente otro, sería verdaderamente una hospitalidad?” Jacques Derrida; In *La Filosofía en los tiempos del terror*.

1-Hace unos cuatro años se presentó ante mí un hombre joven, de treinta años de edad, ejecutivo de una empresa multinacional (). Él estaba trabajando en la ciudad de San Pablo y mi nombre había sido indicado por un colega argentino que él no conocía pero, como me enteré tiempos después, era amigo de la madre de una ex novia con quien este joven había tenido una corta relación en Europa. Este hombre era colombiano y había ido a estudiar, desde la época de la adolescencia, a los Estados Unidos, lugar donde terminó la facultad y cursó el postgrado. Esta fue la época en que fue contratado por una empresa multinacional y a partir de ese momento empezó a vivir en diferentes ciudades y países en los que pasaba pocos meses. En la época en que se presentó en mi consultorio, a pesar de tener la ciudad de San Pablo como sede de su trabajo, él hacía frecuentes viajes a otros países y no sabía dónde estaría unos días después. Por lo tanto, no teníamos cómo realizar un contrato de análisis, con número fijo de sesiones semanales y ni siquiera determinar los días y horarios con antelación. En verdad, nos encontramos por primera vez después de habernos dejado varios mensajes en los contestadores automáticos. El idioma que usábamos en esos recados era una alternancia de portugués, castellano y ‘portuñol’. Eso, a pesar de que el contestador automático de su caja de mensajes estaba grabado en portugués e inglés. En un mensaje, anterior a nuestra primera entrevista, me llamó poderosamente la atención el hecho de que, aunque él estuviera hablando en castellano, me pedía mi ‘endereço’ o sea, usaba la palabra en portugués, en vez de

(*) - Trabajo revisado del que fuera presentado en el Plenario del XXV Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis, Guadalajara, México, septiembre de 2004.

(**) - Miembro Efectivo de la Sociedad Brasileña de Psicoanálisis de São Paulo, Brasil.

pedirme la 'dirección'. Cuando nos encontramos, la primera pregunta que me hizo fue: ¿En qué idioma vamos a hablar? ¿Castellano, portugués, english? Bueno, la verdad es que desde ese momento hemos conversado en una mezcla de todas esas lenguas.

No teníamos un patrón de frecuencia en nuestras sesiones. En cada una de ellas, apuntábamos la próxima, lo que no significaba que efectivamente se realizaría porque no era nada extraño que él tuviera que viajar de imprevisto. De padre colombiano, madre norteamericana, él había sido alfabetizado en una escuela inglesa, cursó los estudios primarios en una tradicional escuela católica; después, High School en los Estados Unidos y fue contratado por una empresa multinacional en la que trabajaba en el área financiera. Sin embargo, él no sentía un cosmopolita o un hombre internacional. La verdad es que, según sus palabras, se sentía teniendo 'ups and downs'. Incluso en el trabajo no tenía ninguna seguridad de los conocimientos que había adquirido, a pesar de los ascensos y las ganancias que siempre iban en aumento. Las informaciones sobre su vida aparecían o de un modo estereotipado y rígido o, si no, como referencias bastante enmarañadas de tiempos y lugares. No había nada que se estructurara como narrativa aunque tampoco se podría decir, de modo alguno, que su discurso era fragmentado.

Él tenía un sueño repetitivo en el que una gran ola se formaba en el mar e iba en dirección a su persona, casi siempre destruyendo todo lo que estaba por delante. También repetitivas eran sus visitas a un famoso prostíbulo de lujo de la ciudad de San Pablo, en el que encontraba mujeres para llevar una 'vida de casado' por algunos meses. Siempre de modo provisional, del mismo modo en que era provisorio el lugar donde vivía: un departamento pagado por la empresa, sin ningún mueble a no ser una cama, además de escasos objetos como un televisor y ropas. Tenía solamente un objeto personal: una guitarra que tocaba por largas horas y que siempre lo acompañó en todas sus mudanzas. Tres años después de nuestra primera consulta, él empezó a decorar el departamento con objetos que él mismo eligió. Lo primero que compró fueron unas lámparas colgantes que, según sus dichos, consiguió en una casa de iluminación cerca de mi consultorio. Su primer cuadro: una foto de un faro, en algún lugar de Europa, mostrado en cuatro momentos diferentes cuando es afectado por la marea. Desde estar totalmente cubierto por las olas del mar hasta la foto en que el faro aparece por completo. El paciente empieza, después de un largo y trabajoso proceso de análisis –nada convencional desde el punto de vista de un encuadre clásico- a construir algo que él mismo pudo denominar como 'su casa', en la que procede a reestructurar su propia vida. A medida que es capaz de crear una narrativa de su vida, su habla empieza afianzarse en el idioma castellano y, de modo paradójico, yo empiezo a tener más problemas para entenderlo porque la 'lengua universal', que había sido una mezcla de castellano, 'portuñol' e inglés, empezó a ser sustituida por un 'colombianismo auténtico'. Y es exactamente en la lengua patria que él recupera el recuerdo de un terreno que algún día deberá heredar de una tía. Así, empieza a barajar la posibilidad de salir de la multinacional, de utilizar sus conocimientos del mercado, de los negocios y, de esa manera, lograr establecerse en esa tierra, en un futuro próximo.

2- Hace unos tres años, un hombre de cuarenta y pico de años me consulta para hacer análisis. Me dijo que había encontrado mi teléfono en las navegaciones que hacía por la internet después de haber leído un trabajo mío que está publicado en una página de la *Société Psychanalytique* de París. Expresa que no quiere postergar más el momento de empezar un análisis, algo que hacía mucho tiempo quería hacer. Es un

hombre dotado de una gran cultura humanística y desde hacía veinte años trabajaba con pueblos que estaban en amenaza de extinción. Él pasaba la vida entre dos mundos: el de la cultura occidental y el de la cultura indígena. Sin embargo, él cambiaba de un mundo a otro de manera muy abrupta, sin un patrón externo que lo justificara. Simplemente, el paciente sentía que no podía seguir más en ese lugar, en ese espacio y, entonces, se mudaba al otro. Las primeras sesiones se caracterizaban por un habla continua y explicativa de lo que él consideraba que eran sus problemas más grandes. En verdad, él traía una especie de auto-análisis –interpretaciones muy convincentes al respecto de su vida y sus actos- que me cuestionaba al respecto de cómo hablar con él sin que mi intervención fuera sentida como una mera corrección o un asentimiento de lo que él pensaba. Fue así que opté por hacerle preguntas – muchas al respecto de su trabajo con los pueblos indígenas- en vez de ocuparme en hacer interpretaciones clásicas. Se trataba de preguntas que, al puntuar su discurso (él era capaz de hablar sin parar durante toda la sesión), empezaron a crearme un lugar genuino de existencia, en cuanto analista. Al igual que mi paciente anteriormente mencionado, la frecuencia de las sesiones era dada por la alternancia de los viajes que él realizaba, o sea que en una sesión apuntábamos la siguiente o un grupo de sesiones. Algunas veces fui sorprendido por uno de sus viajes que, según sus dichos, ya estaba planeado con la debida antelación pero que, para mí, no había sido mencionado anteriormente. Me fui dando cuenta de que el tiempo del paciente, o mejor dicho, su forma de marcar el tiempo, era muy diferente de la mía, o sea, la del sentido común o del almanaque. Cuando le hice saber mi ‘primera interpretación’, escuché como respuesta que lo que dije era totalmente obvio. Lo manifestó con un dejo de poco interés por el asunto. Un tiempo después de esa ocasión (a los seis meses de nuestro primer contacto) me quedé sin tener noticias suyas. Después de haber transcurrido más de seis meses, recibo un correo electrónico, enviado por él mismo, con la noticia de un periódico de Londres en que se informaba sobre una exposición del trabajo que él realizaba. En un anexo, había algunas críticas muy elogiosas sobre la importancia de realizar un trabajo como el que hacía el paciente. Solamente eso. O todo eso, depende del punto de vista usado. No me dirigía ni siquiera una palabra o, como llegué a pensar al acordarme de lo que me había contado sobre una cultura indígena en la que el individuo no podía saber su propio nombre, en realidad todas las palabras eran suyas aunque estuvieran firmadas por otros, y también esas palabras eran dirigidas a mi persona. De ese modo, entendí que él me estaba comunicando que nuestro trabajo era importante y bueno. Sólo que vivíamos en tiempos distintos y que, desde esa perspectiva, él no había interrumpido el contacto conmigo, solamente se había ausentado un poco.

Tres meses después, recibo un mensaje suyo, en el contestador automático, en el que me informa que está de vuelta y que desea apuntar una sesión. Nos encontramos, según mi calendario, casi un año después de nuestra última sesión. En su almanaque, se trataba solamente de un tiempito después. Sin embargo y de modo paradójico, muchos acontecimientos habían pasado: era inmenso el cambio que presentaba su vida desde el último encuentro. Por primera vez, empieza a hacer una narrativa dentro de una temporalidad diacrónica, cuyo sentido era ponerme al tanto de todo lo que había pasado en su vida desde la última sesión. O mejor dicho, todos los cambios que había realizado como consecuencia de su análisis. Después de eso, me dijo que pretendía quedarse más tiempo aquí, en la ciudad de San Pablo, y que podríamos encontrarnos más a menudo. Él estaba buscando una nueva casa en la que viviría con su nueva mujer, relación que lo asustaba mucho por la importancia que tenía para su

vida. “Estar at home” era lo nuevo, según sus propias palabras. Desde ese día, nuestras conversaciones han sido al respecto de la construcción de una casa y del significado que ella tiene.

3- A fines del año pasado me busca, con suma urgencia, un hombre de treinta y cinco años porque hacía dos días que su mujer le había comunicado que no deseaba vivir más en su compañía. Él se presentaba desesperado porque no sabía qué hacer ni a dónde ir. Nunca podría haber pensado que algo por el estilo le pasaría un día: era un marido ejemplar, padre ejemplar, profesional ejemplar. Todo estaba perfecto hasta que ella le comunicó la decisión irreversible. Él tendría que abandonar la casa lo más rápido posible. De su parte, no había ninguna señal de que algo diferente o extraño hubiera estado pasando en la vida conyugal. Tampoco había alguna señal de que él tuviera una comprensión afectiva de algo en su vida, aunque se presentara ante mí como alguien muy afectivo: el llanto y espanto presentados eran genuinos, como también el afecto que manifestaba profesar por su pequeño hijo de quien pensaba que nunca lograría separarse.

Al contrario de mis dos pacientes antes descriptos, él parecía que tenía una casa y era justamente la posible pérdida de la casa lo que lo aterrizzaba. Con él, también diferentemente de los otros dos pacientes, fue fácil apuntar el comienzo de las sesiones, con días y horas combinados en el más clásico de los estilos. Después de un poco más de un mes que habíamos empezado las sesiones, salió de la casa y, para su sorpresa, estaba vivo. Había alquilado un flat cerca de la casa en que había vivido y, orgulloso de su proceder, empezaba a recuperar la historia de su casamiento: un arquitecto amigo le había presentado a esa muchacha unos años antes. El arquitecto en esa época estaba construyendo la nueva casa de los padres de la joven que después se convirtió en la esposa del paciente. Este tenía miedo de salir de esa casa y no de la que era suya. Se trataba de una casa con las características típicas de algo sólido, bien construido, rico, totalmente diferente de la casa de los padres del paciente, asolada siempre por la pérdida del terruño: el padre se había exiliado a fines de los años sesenta, escapado de la dictadura soviética. La historia del analizante empieza a ser narrada y rescatada. La relación que tenía con su ex mujer es presentada como extremadamente pobre en términos afectivos y también en el plano sexual. Durante años él se había dedicado a trabajar muchas horas al día, para después llegar a su casa y acostarse a dormir temprano. A medida que él se posicionaba, nuevamente, en su trabajo y atravesaba fronteras, se fue haciendo evidente el miedo que tenía de andar por las calles, de estar en el mundo. Con mucha dificultad el analizante deja a su hijo por algunos días para realizar un viaje de negocios al exterior. En ese momento reaparece el tema de la casa, pero ahora se trata de la casa que él mismo está decorando rápidamente con objetos que ha elegido. El espacio físico se va convirtiendo en real, habitable, o sea que no es más un lugar fantaseado que pertenece al otro. De forma paralela, sus negocios empiezan a crecer y recibe una interesante propuesta para trabajar en conjunto con un banco internacional. Empieza a viajar asiduamente hasta un momento en que debe pasar dos meses residiendo en el exterior, ocasión en la que vuelve solamente los fines de semana para visitar a su hijo.

Ahora, estamos viviendo el periodo de la separación: las sesiones están aplazadas hasta octubre, cuando volverá a San Pablo. A veces, él me envía mensajes por correo electrónico. Estamos en contacto, aunque no sea en un *setting* analítico clásico.

4- Las sintéticas descripciones de esos tres casos de análisis, que todavía están en curso, me sirven de modelo para ilustrar esta nueva clínica que se está estructurando desde fines de la década pasada. Es dable observar cómo se revela que los tres pacientes están problematizados con la construcción de sus casas (uno, “at home”; otro, “chez moi”; y el otro, “mi hogar”) y con la narrativa histórica de sus vidas. También es absolutamente relevante que las construcciones caminan de forma paralela con la construcción (o deconstrucción) de un *setting* analítico posible, ‘no clásico’. Hasta hace pocos años los analizantes que llegaban a los consultorios traían, ya de antemano, la estructuración de un espacio geográfico e histórico, con mayor o menor configuración de fronteras internas y externas, lo que podríamos denominar como “una casa”. Sin embargo, los nuevos pacientes sufren exactamente por la inexistencia de ese lugar, de la casa, y si ésta existe se trata de una casa ficticia, como en el caso de mi tercer paciente, funcionando más como un escondrijo contra la vida, o si no, la casa está por ser creada, configurada. Los pacientes que teníamos a fines del siglo pasado llegaban a análisis con la idea de un tiempo y un lugar de permanencia, por eso no les parecía extraño que nosotros, analistas, les exigiéramos una determinada frecuencia semanal de sesiones ya que tenían, internamente, el concepto de permanencia. Los pacientes que hoy aparecen, debido a vivir en un mundo en que no hay más fronteras y en que la idea o concepto de permanencia están sustituidos por el de velocidad y aceleración del tiempo, no pueden ser presentados al encuadre clásico de análisis, bajo peligro de que no se constituya ningún análisis. En nuestros días el analista tiene la función central de ir construyendo, con cada paciente, un encuadre posible para que el análisis se constituya. Sin embargo, se trata de un *setting* ya no más en el sentido clásico, o sea, el que tiene por finalidad trabajar las resistencias para que un día se convierta en un encuadre clásico sino que debe trabajar para que el espacio virtual y sin fronteras pueda ser transformado en un lugar. Eso es fundamental: un lugar de intimidad, lugar de intercambios, lugar de narrativa. Se trata de un lugar de existencia real y no virtual.

Si en sus comienzos el Psicoanálisis tenía por objeto hacer consciente el material Inconsciente y después, donde era el *Ello* que fuera el *Yo*, en estos primordios de milenio todavía estamos en la búsqueda de un nuevo aforismo. La construcción de ese lugar no pasa por la imitación del lugar antiguo sino por la necesidad de hacerse un duelo por la pérdida del lugar que ya no existe más. Si no lo hacemos, solamente nos queda la melancolía que estratifica la imitación de lo viejo, al estilo de Las Vegas, o sea, un simulacro vulgarizador de otros tiempos y lugares. Por lo tanto, mantener el espíritu freudiano es poder escuchar la palabra nueva, así como él hizo con las histéricas a fines del siglo XIX. La pregunta es: ¿cuál es la palabra nueva, cuál es el equivalente de la histérica en este siglo XXI?

5- Por buscar la aprehensión y escucha de esa nueva palabra, uso los conceptos de “deconstrucción” y “hospitalidad” de Jacques Derrida, autor que cité al principio del presente trabajo. Hoy, para que el analista pueda llevar a cabo su función original, la escucha de la palabra del otro en el más puro estilo freudiano, tiene que deconstruir su acervo conceptual, deconstruir su *setting* clásico. Únicamente de esa manera, podrá ofrecer hospitalidad a la nueva subjetividad que emerge en estos nuevos tiempos de no-lugares y no fronteras. El analista junto con su analizante, solamente así podrá realizar la “visitación” de los nuevos territorios –o espacios- de la subjetividad emergente en un momento en que la historia se acelera progresivamente. Sólo así, en ese nuevo registro, la clínica psicoanalítica podrá recrear mediante un trabajo mutuo (analista-analizante) algo que tenga el sentido de “mi hogar”, mi casa, mi identidad.

Incluso porque la identidad del psicoanalista no está estructurada en el diván ni en la frecuencia con que atiende a un paciente ni tampoco en la exacta interpretación. La identidad del analista se estructura en la capacidad de escucha de la palabra del otro – en estado naciente-, en la intervención que mantiene acceso el diálogo vivo y en la posibilidad de ejercer el trabajo con la categoría de “provisionalidad” de los conceptos que delinean nuestro campo. Exactamente es para esa condición de provisional que apunta la obra freudiana en su constante rehacerse. Y es justamente para esa provisionalidad que nos llama la atención el pensamiento de Derrida (la deconstrucción), de Marc Auge (los no-lugares), de Edgard Morin (la teoría de la complejidad), de Paul Virilio (la aceleración del tiempo), todos ellos tributarios de Freud y, tal vez por eso, capaces de traernos alguna iluminación humanística a estos nuevos tiempos.

6 – Juanito, el niño-símbolo del Psicoanálisis, miraba por la ventana de su casa el intenso movimiento de la estación ferroviaria de Viena, al comienzo del siglo XX. Desde su lugar de observación la ciudad le parecía tan grande y asustadora, con el ir y venir de los carruajes tirados por caballos, con la multitud anónima que se apresuraba para salir o llegar y todo eso lo impulsó a desarrollar la hoy clásica agorafobia. No quería salir de la casa, lugar seguro y protegido, hasta que el embarazo de la mamá y el hecho de nacer Ana, su hermanita, lo lanzan inapelablemente a la inmensidad de los espacios de la ciudad y del mundo. Era un territorio con unas fronteras que tenían que ser transpuestas. Se trataba de una ciudad y un mundo sumamente diferentes del que divisa una joven norteamericana, encerrada en lo alto de un anónimo cuarto de hotel del siglo XXI, magistral escena de la película *Lost in Translation* de la directora Sofía Coppola. En esa escena la muchacha se acerca, de modo casi sonámbulo, al vidrio blindado que hoy ocupa el lugar de una ventana, se sienta en un mueble que se apoya en el vidrio y, a medida que va contemplando las luces y las construcciones mutantes de lo que sería la ciudad de Tokio, va encogiendo las piernas, abrazándolas, doblando el cuerpo hasta asumir una posición fetal. Diferentemente del niño Juanito, ella no está en casa pero, de modo paradójico, está “en familia” porque acompaña a su marido fotógrafo en un viaje de trabajo. También diferentemente de Juanito, ella no se estructura en una fobia de salir a la calle, sencillamente porque ya no hay más calles transitables. De éstas, solamente quedan los museos, registros de una cultura y de un mundo que no existen más. Ni siquiera existen las ciudades porque, en la película, la ciudad de Tokio es presentada de una manera muy diferente de lo que podemos entender como una ciudad, o sea, no se asemeja a lo que Juanito veía desde la ventana.

7 - Marc Auge, antropólogo, etnólogo y científico social, desarrolla un magnífico estudio sobre los “no-lugares” en sus libros *La Guerra de los Sueños* y *Los no-lugares*. Si la ciudad descrita por Baudelaire, en el siglo XIX, era dominada por las torres de iglesias y por las chimeneas de las fábricas –monumentos históricos y signos del trabajo- la ciudad del siglo XXI se presenta como una multiplicidad de luces de colores que titilan y son vistas a través de un vidrio blindado, situado en el quincuagésimo piso de un hotel internacional. No es muy diferente de la pantalla de una computadora. Al dejar de ser un lugar, o un lugar de llegadas y partidas, de encuentros y despedidas, ella se nos presenta como un lugar a más de tránsito, a imagen de las carreteras, con sus lugares para detenerse a cargar gasolina, para alimentarse o para la observación eventual del paisaje y de los lugares que remiten a una historia pasada, monumentos y museos. Ya no es un hogar, en el sentido de acoger y de nombrar, de genealogías. De

esa manera, la ciudad de Edipo, o sea, Tebas –paradigma de la ciudad psicoanalítica– precisa ser deconstruida y recreada porque al no tratarse de un caso de exilio, castigo, acogida o encrucijadas, la ciudad se presenta como un espacio transitorio para los intercambios y la circulación, sean sexuales o de terror. El monumento que funda el siglo XXI es el lugar donde estaban las torres norteamericanas hasta aquel 11 de septiembre. No es el lugar donde fueron enterrados miles de cuerpos. La antigua Mesopotamia, cuna de nuestra civilización, fue transformada en un sangriento campo de batalla, hecho que fue observado a través de las pantallas de todos los televisores del mundo. Eso sirve muy bien como paradigma “de la nueva relación que se establece entre Tierra, tierra, territorio y terror” (p. 111).

8- ¿Qué es un ser humano? Se pregunta Jacques Derrida al actualizar el enigma que estaba a la entrada de la ciudad de Tebas. “La mayoría de las personas supondría que esa es una designación evidente en sí misma: un ser humano es un miembro de la especie humana. El problema es que tanto ‘humana’ como ‘especie’ son términos que se ramifican en laberintos históricamente contruidos, que se despliegan y complican indefinidamente el espectro semántico de la palabra” (*La filosofía en los tiempos del Terror*, p. 23). Fue exactamente a esa cuestión que Freud le dedicó toda la vida, denunciando la multiplicidad del sujeto y su fragmentación. Se trata de la misma cuestión con la que nosotros, psicoanalistas de hoy, necesitamos depararnos sin permanecer melancólicamente aferrados y aprisionados a conceptos que tienen un límite histórico, cultural y lingüístico porque solamente así será “más difícil recurrir a cualquier argumento esencialista, pues la propia multiplicidad de narrativas históricas impedirá la tentativa de construir un concepto en términos de pares irreductibles – hombre x mujer, humano x inhumano, humano x animal, racionalidad x instinto, cultura x naturaleza – que no pasarían de meras simplificaciones” (Ibid. p. 24) Únicamente por medio de un inmenso trabajo de duelo podremos actualizarnos para escuchar a nuestros nuevos pacientes. Llamarlos de fronterizos, borderlines o portadores de graves disturbios narcisistas no será una gran ayuda ni para nosotros ni para ellos. Incluso porque nuestros conceptos –aunque tengan alguna utilidad– también tienen una ramificación histórica y cultural, y, por lo tanto, son fechados. Durante todo el siglo XX, los psicoanalistas sufrimos una tendencia que patologizó de modo excesivo al psiquismo humano. Llegó la hora de que repensemos seriamente esas cuestiones.

9 – El relato del primer paciente mostraba como él buscaba mi ‘dirección’, un lugar donde pudiera encontrarme. Todos nosotros, en la condición de analistas, también estamos buscando una dirección donde podamos encontrarnos con nuestros analizantes porque la dirección no viene con un “a priori” sino que necesita ser construida con las herramientas que heredamos de los pioneros en un mundo que, para nosotros, es bastante diferente del que ellos vivieron. La geografía clásica está muerta, dijo Virilio. Las fronteras ya no existen más. Ahora no podemos más buscar el conocimiento en Viena, Londres o París. Antes de nada, es fundamental que podamos distinguir y separar conocimiento de información banalizada o estratificada. Hoy en día, la cuestión del Psicoanálisis no es más latinoamericana, europea o norteamericana. Tampoco es global. Sin embargo, ella continúa siendo la posibilidad de darles hospitalidad a la palabra y al gesto del otro, diferente de nosotros mismos.

El significado más radical de “chez-soi, at home, en casa”, sin importarnos en qué lengua fue dicho, es el de la intimidad, de sentirse cómodo. Es lo mismo que significa el “setting”, o encuadre, del analista. Nada más ni nada menos que eso. Si somos

capaces de, junto con nuestros pacientes, crear las condiciones necesarias de intimidad y de “sentirse cómodo” para que las asociaciones puedan ser libres y la atención sea flotante, condiciones necesarias para que se dé el encuentro analítico, ambos –analista y paciente- uno hospedando al otro, alternadamente, podremos acercarnos un poco más al alma humana.

En el siglo II, el Emperador Adriano, el que expandió las fronteras del Imperio Romano a casi toda la Tierra conocida, escribió:

Pequeña alma tierna fluctuante
Huésped y compañera de mi cuerpo,
Vas a bajar a lugares pálidos, duros, desnudos
Donde deberás renunciar a los juegos de otrora.

Diecisiete siglos más tarde, Flaubert definió a esos tiempos de la siguiente manera: Entre los dioses, al no existir más, y el Cristo por no existir todavía, hubo un único momento, de Cicerón a Marco Aurelio, en que solamente existió el hombre.

En este comienzo del siglo XXI estamos en un mundo sin fronteras y en que priva la aceleración del tiempo. Otra vez, estamos enfrentando los lugares duros, desnudos y crudos, y, a pesar de todos los fundamentalismos, estamos solos con nosotros mismos. Ese es nuestro desafío en cuanto psicoanalistas: cómo favorecer la “visitación”, cómo hospedar y cómo ser huéspedes de ese otro que nos busca porque el alma humana continúa fluctuante.

Cabe a nosotros decidir no sólo si seremos capaces y cuánto de todo eso, como también si seremos hospitalarios del habla nueva. Renunciar a los juegos de otrora será la consecuencia de la pequeñez o de la grandeza de nuestra alma. Y de nuestra audacia.

Bibliografía

- 1) - Augé, M.. *Los no lugares: Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Ed. Gedisa.
- 2) - _____. *A Guerra dos Sonhos*. Campinas: Papirus, 1998.
- 3) - Borradori, G. *Filosofía em tempos de terror: Diálogos com Habermas e Derrida*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Ed., 2004.
- 4) - Coppola, S. *Lost in translation*. Delacorte Press, New York .
- 5) - Freud, S. (1909). Análise de uma fobia em um menino de cinco anos. *E.S.B.*, 10.
- 6) - Giovannetti, M. F. Qu'est-ce qu'un psychanalyste?. *Ornicar?: Revue du Champ Freudien*, v.51, p.131-40, 2004..
- 7) - _____. Esboço para uma cena primária e uma cena analítica no início do séc.XXI. *Rev. Latinoamericana de Psicoanálisis*, FEPAL, v.7, n. 1, 2004.
- 8) - _____. *Analisabilidade Hoy*. Apresentado no Congresso FEPAL de Gramado, 2000.
- 9) - Virilio, P. *A bomba informática*. São Paulo: Estação Liberdade, 1999.
- 10)- Yourcenar, M. *Memórias de Adriano*. Rio de Janeiro: Nova Fronteira, 1980.

San Pablo, septiembre de 2004.